

LA posible desaparición del señor Oreja del Ministerio de Asuntos Exteriores —uno de los más deseados, de los más envidiados—, no corregirá, posiblemente, la vacilación y la inseguridad de la política exterior española, que tan frecuentemente se revela deforme, casi teratológica, como en el caso de la suspendida visita del Presidente Sadat de Egipto, incluyendo la desdichada versión oficial final de que la "escala técnica" se anuló "por razones de seguridad". Y no se corregirá esta política exterior española, porque es la consecuencia de un cúmulo de contradicciones que vienen de atrás y de situaciones creadas de influencias y de obligaciones que difícilmente se pueden anular. En este caso, España escogió hace muchos años una política de tratado con los Estados Unidos, de tal magnitud que mantiene unas bases conjuntas de envergadura singular y unos acuerdos económicos de los que depende, por ahora, en gran parte nuestro ir viviendo en materia económica; al mismo tiempo, adoptó una política de amistad con los países árabes, que se convirtió, por el mal retórico del régimen anterior, en casi una filosofía, una doctrina. Y que en la práctica se llevó tan lejos como el no reconocimiento del Estado de Israel. En el momento en que los Estados Unidos y los países árabes entran en contradicción, y se refuerza el nexo entre ellos y el Estado de Israel por la defección de uno de esos países árabes —Egipto—, España entra en una contradicción absoluta. Que se puede acentuar en el futuro inmediato, si el tema general, como es muy posible, se envenena.

Los Estados Unidos parecen decididos a emplear, si el caso llega, la fuerza militar que poseen para sostener la alianza Egipto-Israel. Se han comprometido con Israel a defenderle militarmente si Egipto no cumple las cláusulas del tratado; se han com-



Los Estados Unidos parecen decididos a emplear, si el caso llega, la fuerza militar que poseen para sostener la alianza Egipto-Israel. Begin y Sadat, en Washington, para la firma del tratado.

ESPAÑA EN EL CONFLICTO DE ORIENTE MEDIO

EDUARDO HARO TECLEN

prometido, parece, a garantizar también esta ayuda a los dos países en caso de una nueva guerra. Uno de los puntos desde los que pueden ejercer esta presión armada es España, aunque tuvieran para ello que contar, con la autorización española. Es prácticamente inevitable que consideren como trascendentales las bases españolas, entre otras cosas, porque para eso las tienen: para asegurarse la zona mediterránea. Estas bases han aumentado de valor desde el momento en que han fallado las de Irán, y en cuanto hay inseguridad con respecto a Tur-

quía, Arabia Saudita y Jordania han negado su colaboración, según parece, tras la visita de Brzezinsky y del jefe de la Junta del Estado Mayor de los Estados Unidos. El ministro español de Asuntos Exteriores puede realizar una serie de acciones apuradas, apresuradas y difíciles, cuando se le envía nada menos que a Sadat para que pase quince horas en el país, en las cuales, su condición jerárquica le califica para ser recibido por el Jefe del Estado y el presidente del Gobierno; difícilmente se podrá resisitir la situación si Estados Unidos necesitan emplear toda

su fuerza. Las bases militares son un buen negocio cuando no hay guerra; son de interés nacional cuando sirven de ayuda psicológica para aumentar la capacidad de disuasión de la defensa nacional. Pero cuando hay guerra y cuando esa guerra es contradictoria con la política llevada hasta ahora, son un problema muy importante y muy serio.

El problema se acentúa cuando afecta, al mismo tiempo, a otras relaciones exteriores. Por ejemplo, las que tenemos con Marruecos. Marruecos, país considerado como árabe, y sin duda de

ninguna clase islámico, ha elegido aparentemente la posición Estados Unidos-Egipto. La forma en que Hassan II acogió visiblemente al Sha destronado fue ya una indicación muy clara de cual era la postura oficial marroquí con respecto al nuevo huracán en Oriente Medio. Marruecos está reconsiderando, en este caso, toda su política interior y exterior. La dimisión del primer ministro Osman, tras la creación de un Consejo Nacional de Defensa en el que estén representados todos los partidos políticos, es probablemente el dato más importante. No porque Osman esté en contra de la política real, sino porque es preciso dar otro rostro a una política de valoración con la oposición. La oposición de la izquierda marroquí es, desde hace años, muy débil; y en política exterior comparte los mismos puntos que emanan del monarca absoluto —aunque Hassan II mantenga unas formas constitucionales—. Se sabe lo que fue de la oposición más radical de Marruecos, desde el asesinato de Ahmed Ben Barka en París a manos del ministro del Interior, general Ufki —asesinado a su vez más tarde—, a las purgas de oponentes civiles y militares después de los sucesivos descubrimientos de complots. La izquierda marroquí sostiene puntos de vista oficiales con respecto a Argelia, con respecto a Mauritania y al expansionismo marroquí —colaboró activamente en la "marcha verde"—, que la llevan ahora a este Consejo de Defensa, en el que aprueban las decisiones reales. El motivo inmediato es Argelia, y lo que se considera una radicalización de Argelia en el problema saharauí, después de la muerte de Bumedian. Pero el tema saharauí está ya de lleno en el gran contencioso general del mundo árabe, sobre todo después de que Jomeini, el gran foco del nuevo —viejo— islamismo ha declarado su apoyo. La posición española es, en esta grave cuestión, equívoca una vez

más. No ha dejado de serlo.

Marruecos, por lo tanto, se convierte así en un instrumento más de presión sobre España. Tanto para que acepte sus posiciones en el tema del Sahara como para que se alinee con más fuerza en la gestión de Estados Unidos. La cuestión de los pesqueros ha sido una de las señales de alarma más llamativa. Es uno de sus signos más frecuentes desde hace muchos años: siempre que hay razones de tensión con España deja aparecer su hostilidad contra la flota pesquera, que en otros momentos tolera, o incluso presta su colaboración. Si las dificultades crecen, pasa al tema de Ceuta y Melilla. Todo el grupo de problemas existentes entre España y Marruecos se mantienen en un equilibrio inestable, y este equilibrio se mantiene muchas veces por la presión que Estados Unidos ejerce cerca de los dos países. Si en un momento dado, Estados Unidos quiere dejar sentir su disgusto por alguna acción española en este terreno, los marroquíes se apresuran a aumentar sus presiones. La cuestión del viaje de Sadat podría convertirse en una de esas ocasiones.

No se debe subestimar, en este caso, la decisión de Estados Unidos de llevar adelante su política en la zona árabe. Parece uno de los varios en los que, después de la guerra, ha jugado fuerte, o está dispuesto a hacerlo. No mientan los altos funcionarios americanos cuando dicen que el tema es vital para los intereses de su país: lo consideran así económica y estratégicamente. Hasta el punto de comprometerse en una acción militar si la situación lo requiere. De esa envergadura es el tema que envuelve a España en estos momentos. La decisión tomada, dentro de las vacilaciones e inseguridades de sus propias contradicciones, frente a la gestión de Sadat es muy valiosa. Pero es difícil saber si va a poder mantenerla mucho tiempo. ■

RAMON

¿HAS LEIDO LA ENIGMÁTICA DEL PAPA?



NO, ¿QUE TAL ES?



PSS.. SOCIALDEMOCRATA COMO TODO EL MUNDO

